

---

# La maristocracia

---

POR LUISGÉ MARTÍN

**D**oña Cayetana, la Duquesa de Alba, que anda deshojando la margarita para ver si se casa o no se casa, acaba de declarar que Jesús Aguirre, su segundo marido, fue "el gran amor de mi vida". Yo nunca conocí a Jesús Aguirre, que la dejó viuda en 2001, pero según cuentan quienes le trataron era una persona divertida, culta y apasionada. Y era, además, homosexual. Inequívocamente homosexual. Incansablemente homosexual. Primero se ordenó sacerdote y luego, abandonado ya el ministerio, se casó con la duquesa, lo que quizá sea también una forma de sacerdocio. Eran cosas que se hacían antes y que todavía se siguen haciendo hoy, aunque más raramente: ingresar en el seminario u organizar una boda de conveniencia para cerrar bien el armario desde dentro. Para comprar la respetabilidad.

¿Por qué ha dicho doña Cayetana que Jesús Aguirre fue el amor de su vida? Yo creo en los amores platónicos y creo, sobre todo, en los amores imposibles, pero me cuesta imaginar que unos u otros puedan ser el gran amor de nuestra vida. Uno puede estar perdidamente enamorado durante años de un amigo con el que comparte correrías, noches en blanco, conversaciones hondísimas y avatares trascendentales, pero de ahí a considerarlo "el gran amor de mi vida" hay mucho trecho. Solemos suponer que al gran amor lo acompaña siempre alguna carnalidad, un poco de lascivia correspondida, una sexualidad morbosa que lo distinga. Sé que hay personas más espirituales: conocí a una mujer extremeña a la que se le murió el novio en la guerra civil y que le ha guardado durante todos estos años -vive aún- duelo y fidelidad, manteniéndose virgen y hablando de él con respeto matrimonial. Pero el novio extremeño era bien macho y ofreció al menos una promesa de intimidad que, como los olores antiguos, ella recuerda cuando piensa en él. La duquesa es, según las leyendas, de una espiritualidad más corpórea y terrenal. No la imagina nadie suspirando castamente por un varón etéreo.

¿Sería Jesús Aguirre un heterosexual camuflado o un bisexual tibio que engañó a todos sus amigos y a toda la sociedad intelectual de la época, haciéndoles creer que se desvivía por los muchachos mientras se refocilaba en secreto con la duquesa y con otras mujeres? No parece probable que sea ésa la explicación correcta. ¿Querrá doña Cayetana proteger de toda mancha de descarrío la memoria del duque consorte? Hace un

año tuve la ocasión de escuchar a una escritora catalana un poco desvariada maldecir a Vicente Molina Foix porque había novelado en *El abrecartas* los amores homosexuales de Vicente Aleixandre, desvelando así, según ella, lo que el poeta había querido mantener en secreto. Le acusaba, en el fondo, de hacer *outing*, sin darse cuenta de que no se puede hacer *outing* de lo que ya está completamente *out*. No se puede hacer *outing* de Lorca, de Proust o de Nureyev. No se puede desenmascarar la homosexualidad de Oscar Wilde ni dar la primicia del gusto sodomítico de Visconti.

En realidad, creo que doña Cayetana ha dicho que Jesús Aguirre fue el amor de su vida por la misma razón por la que Alberto de Mónaco aseguró al sentarse en el trono que tenía un romance apasionado con una azafata togolesa y que el papa Benedicto proclamaba continuamente que los que mantienen relaciones homosexuales van de cabeza al infierno: les da miedo mirarse en el espejo. Seamos comprensivos: la duquesa y Ratzinger nacieron en la década de los 20, con un año de diferencia, y el monegasco, mucho más joven, en 1958. Los educaron a todos en ambientes rígidos, reglamentados, exquisitos. Han crecido con el convencimiento de que la apariencia es parte del destino que cada uno acabará acarreado, y, por lo tanto, la cuidan al detalle. E incluso llegan a vivir como si esa piel falsa que se han vestido fuera verdadera. A fuerza de mentir a los demás, se transforman ellos mismos.

A la normalización social de la homosexualidad le quedan tres pruebas del algodón: un futbolista de élite, un rey y un papa. Quizás esas campanadas, cuando suenen, supongan la muerte del fútbol, de la monarquía y del catolicismo, pero no creo que llegue tanta sangre al río. Los asuntos de alcoba acaban despertando la bondad de la gente. Comenzar retrospectivamente con un Duque de Alba sería un buen principio. Porque como bien se sabe, a los Alba le deben servidumbre las casas reales de más solera.

**LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES LA NOVELA LOS AMORES CONFIADOS (ALFAGUARA).**